



In memoriam

Dr. Alejandro Ruiz-Argüelles

Pérez Jáuregui José C

«En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como de rayo Ramón Sijé, a quién tanto quería». Así inician los dulces versos que el poeta Miguel Hernández escribió a su amigo con motivo de su fallecimiento.

El Dr. Alejandro Ruiz-Argüelles nació en la ciudad de Puebla, Puebla, el 25 de septiembre de 1952. Falleció a la edad de 66 años, en la misma ciudad el 25 de julio de 2019.

Obtuvo el título de médico cirujano de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí en 1976 para después continuar sus estudios de postgrado en el Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán (1976-1980) y en la Clínica Mayo en Rochester Minnesota (1980-1982).

Regresó a México para incorporarse a los Laboratorios Clínicos de Puebla, que en 1950 había fundado su padre, el maestro Don Guillermo Ruiz Reyes, donde trabajó el resto de su vida profesional, primero como jefe del Departamento de Inmunología y después como director general, contribuyendo con su actuar cotidiano al florecimiento de la enorme reputación que tiene dicha institución, donde la asistencia, la docencia y la investigación forman parte de la vida diaria.

Desde muy temprano en su etapa de estudiante el Dr. Ruiz-Argüelles inició su prolífica producción científica. Publicó 177 artículos en revistas científicas, 13 cartas al editor, 50 capítulos en libros y tres libros. Su trabajo ha sido citado en la literatura internacional 4,375 veces hasta ahora, siendo uno de los 20 científicos biomédicos mexicanos más citados. Destacan sus trabajos sobre la penetración de autoanticuerpos en las células vivas llevados a cabo con su maestro el Dr. Donato Alarcón-Segovia (QEPD) y el Dr. Luis Llorente. Fue pionero y líder de opinión de la citometría de flujo en

nuestro país y organizó la primera y segunda Conferencias Latinoamericanas de Consenso para la Inmunotipificación de Leucemias.

En 1988 ingresó al Sistema Nacional de Investigadores y a partir de 2004 fue SNI nivel III.

Fue miembro de la Academia Nacional de Medicina, de la Academia Mexicana de Ciencias, Sociedad Mexicana de Inmunología, Asociación Americana de Química Clínica y de la Federación Internacional de Química Clínica, entre muchas más.

El Dr. Alejandro Ruiz-Argüelles nos ha dejado un gran legado científico para la posteridad y su obra permanecerá viva y latente por muchos años.

Pero esto es apenas una de las facetas de Alejandro Ruiz. Hoy tenemos el privilegio de recordar y reconocer al científico, al maestro, al ser humano y al amigo.

Conocí al Dr. Alejandro, como muchos le hemos llamado siempre, en el año de 1992, cuando me entrevistó como postulante para hacer mi entrenamiento como patólogo clínico en los Laboratorios Ruiz.

Después de un riguroso proceso de exámenes y entrevistas fui aceptado, y ese simple acto que parece banal, la marca de esa palomita, cambió mi vida radicalmente. Y fue entonces que empecé a conocer a Alejandro el maestro.

Fue un maestro riguroso, apasionado por enseñar y enseñar bien. Buscaba la excelencia. No regalaba peces, nos enseñaba a pescar. Un erudito en la inmunología y en las ciencias del laboratorio. Un pensador punzante que nos alentaba a reflexionar, a cuestionarnos, a hacernos preguntas y a buscar las respuestas.

Fue profesor de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla y de la Universidad de las Américas. Formó innumerables alumnos de muchas partes del mundo. Hoy

Director Akulab.

Correspondencia a:
Dr. José C Pérez Jáuregui.

Akulab. Laboratorio de Referencia.
 Mérida, Yucatán,
 97138.

E-mail: direccion@akulab.com.mx

suman más de 200 el número de exalumnos de los Laboratorios Ruiz, que hoy trabajan o dirigen importantes laboratorios en instituciones públicas y privadas del país.

Dirigió 14 tesis de licenciatura, 12 de maestría, seis de especialidad y dos de doctorado.

Divulgó el conocimiento por todo el mundo dictando conferencias por invitación en Alemania, Austria, Hungría, Suiza, Italia, Israel, Estados Unidos, Canadá, España, Cuba, Brasil, Colombia, Chile, Japón y México, entre otros. Dicen de manera acertada que un profesor trabaja para la eternidad, pues nunca se sabe hasta dónde llegará su influencia.

Recuerdo claramente la ocasión en la que unos meses después de haber terminado mi formación en la Clínica Ruiz, me visitó en el Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán, donde yo trabajaba como jefe del laboratorio, y me dijo: *Ha llegado el momento en que debes dejar de hablarme de «usted». Quiero pedirte por favor que me hables de «tú».*

Ahí mismo inició mi historia con Alejandro el amigo.

Poco a poco y con el paso del tiempo nuestra amistad se fue haciendo más sólida y aun en la distancia, pues vivíamos en ciudades diferentes, la amistad fue madurando y sin darnos apenas cuenta, se fue haciendo añeja. Debo mucho a Alejandro. Siempre creyó en mí. Me regaló sus enseñanzas, las cuales atesoro como algo invaluable, pero sobre todo me privilegió con su amistad y cariño durante 29 largos años, los cuales me han dejado la huella que imprime la presencia de los hombres buenos. Alejandro ha sido mi principal mentor, no sólo en las ciencias médicas, sino en las de la vida, en lo cotidiano y en lo espiritual.

Los últimos tres años de su vida, y por azares del destino, tuve la enorme fortuna de estar muy cercano a él y trabajar juntos. Ese inapreciable tiempo que la vida me brindó me dio la oportunidad de reencontrarme con un Alejandro más maduro, más sabio, más feliz y en paz con la vida.

Fue mi confidente y yo el suyo, en muchas cosas que quedan ahora guardadas en mi memoria. En los momentos más oscuros de mi vida, el amigo estuvo siempre ahí para brindarme consuelo.

A través suyo conocí a sus hijos, Maty, Alejandro y Pablo, y constaté el profundo amor que sentía por ellos.

Fue un hijo amoroso como el que más, hermano generoso y tío predilecto. Siempre vivió rodeado del cariño de su familia y de sus amigos.

Los que le conocimos, hemos podido sentir o ser testigos de las innumerables muestras de cariño y cons-

ternación por su partida prematura. Y aunque vamos a extrañar su presencia física, nos queda el consuelo de saber que nunca se van del alma quienes hicieron magia en nuestras vidas.

Cato disfrutó plenamente de la vida. Era amante del buen comer y de la buena charla. Divertido y agudo, con cierta dosis de sarcasmo fino. Fue reflexivo y profundo, y al mismo tiempo tenía un gran espíritu aventurero. Disfrutaba pintar y sobre todo pasear en su motocicleta.

Alejandro recibió innumerables premios y distinciones a lo largo de su vida. La Agrupación Mexicana para el Estudio de la Hematología (en ocho ocasiones), el Gobierno del Estado de Puebla, la Academia Nacional de Medicina, la Sociedad Mexicana de Reumatología y la Universidad Nacional Autónoma de México, entre otros, lo premiaron.

Al respecto, Alejandro siempre me decía que a las personas que quieres y admiras, más que con homenajes, se les debe honrar todos los días con nuestro actuar habitual. He tenido la fortuna de hacer cuatro semblanzas en homenajes al maestro Guillermo Ruiz-Reyes, su padre, y una más para Memo su hermano. Paradójicamente, nunca pude hacer una en vida para mi maestro, y sin embargo, intentaré honrarlo toda mi vida con mi quehacer diario.

A sus hijos, a su padre, hermanos y sobrinos, mi más sentido pésame por la pérdida irreparable de Cato. José Martí dijo que «La muerte no es verdad, cuando se ha cumplido bien la obra de la vida».

Sus amigos, sus alumnos, la familia de la Clínica Ruiz, la Patología Clínica y la comunidad científica lo vamos a extrañar. Nos deja un enorme vacío.

Las almas grandes como Alejandro no desaparecen, dejan huellas eternas, echan fuertes raíces, multiplican sus semillas. La muerte no llega con la partida final, llega con el olvido, y Cato se ha ido, pero permanece en nosotros. Nuestro maestro y amigo se ha ido pero nunca lo olvidaremos.

Quiero terminar citando los últimos versos de la elegía que escribió Miguel Hernández a su amigo:

*A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero
que tenemos que hablar de muchas cosas
compañero del alma, compañero*

Descansa en paz querido maestro.